

LAS PIEZAS SON COMO MIS HIJOS

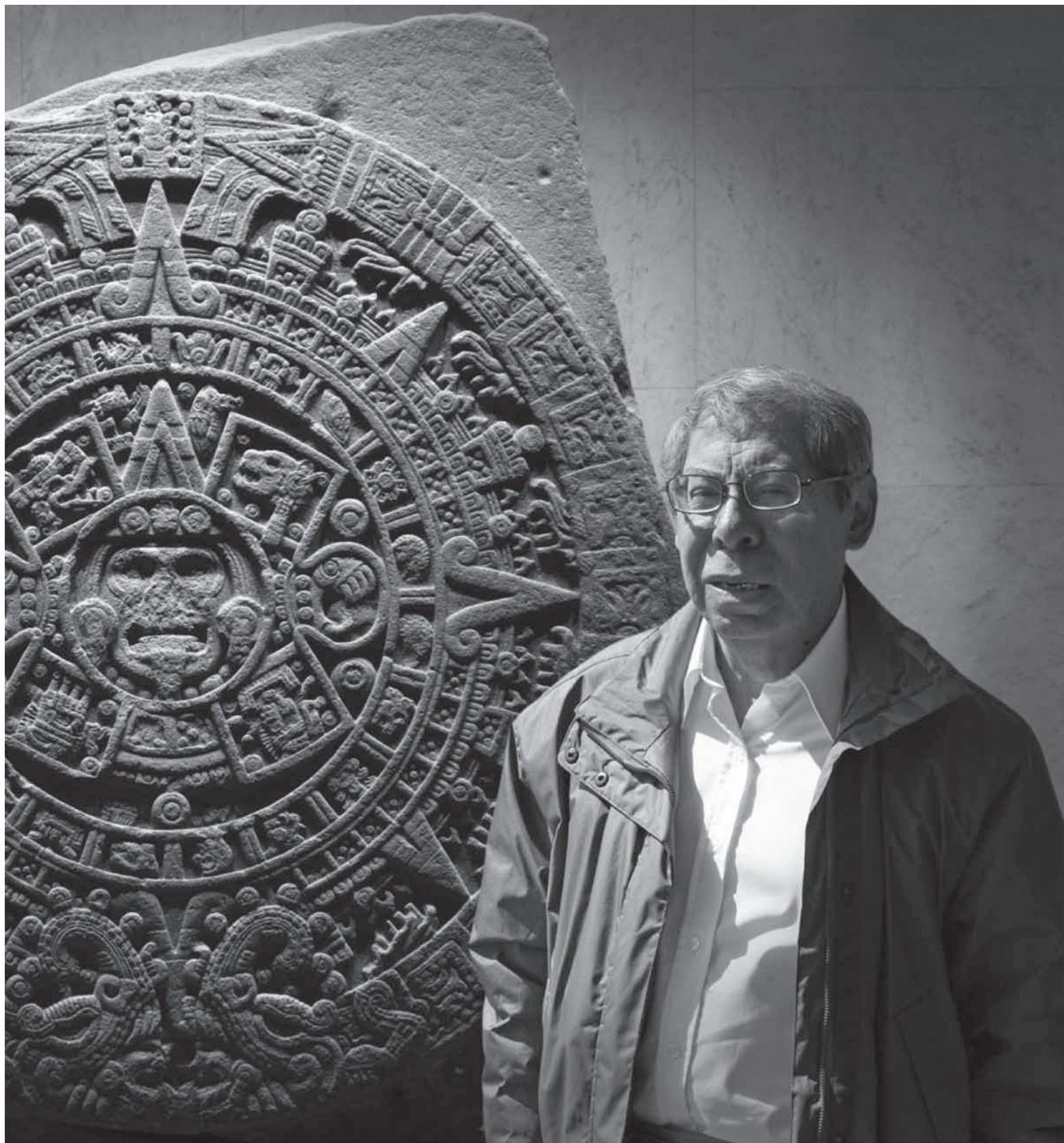
ENTREVISTA
CON JOSÉ HERNÁNDEZ
MENDOZA, CUSTODIO

Alejandra Gómez

Cuénteme sobre su relación con el INAH

Hace muchos años, el profesor Alfonso Castillo Jiménez, que conocía a nuestra familia, me preguntó —una vez que lo invitamos a comer a la casa— si quería colaborar aquí en el INAH, en el departamento de inventarios. En ese momento no había plazas, así que esperé durante un año y entré de supernumerario, hasta que un compañero se jubiló y me dieron la plaza. Eso fue el 16 de enero de 1964, aquí, en el Museo Nacional de las Culturas, cuando yo tenía 21 años. En aquel tiempo el director era César Olivé Negrete, fundador del museo. En esas fechas, Hacienda quería quitarnos el edificio, porque estaba vacío, entonces un grupo de arqueólogos y compañeros, incluyendo a la maestra Piña Chan, llenamos de inmediato las salas y montamos el museo en ocho días, de pieza en pieza. Hay que decir que contamos con el apoyo de algunos particulares y del secretario de Educación, Jaime Torres Bodet, quien vino personalmente y sin guaruras. El auditorio del museo lleva su nombre, en merecido homenaje. Hoy tenemos 17,000 piezas en la bodega: antes la cosa no era así.







Platíqueme sobre el día en que sacaron la Piedra de Sol, que se ha convertido en un acontecimiento en la historia del INAH

Ahí en la sala de monolitos —que nosotros llamamos “imaginario” porque antes estaba ahí el Museo Imaginario— teníamos como unas veinte piezas, incluido el Calendario Azteca. Un día, vinieron los camiones de carga del Museo Nacional de Antropología y se llevaron los monolitos. Las piezas las sacamos entre todos los compañeros, pero fue un

gran trabajo: la Piedra de Sol no quería irse de este museo, le cascaban aquí y allá y nada, durante cuatro horas o cinco no se movió.

¿Estaba empotrada?

Sí, y no se quería ir de este museo. Los especialistas sufrieron, fue un trabajo como no se imagina. La sacaron poco a poquito hasta que llegaron al montacargas, la subieron y amarraron bien, junto con todas las demás piezas que estaban en el Imaginario. Yo acompañé a las piedras en el recorrido: iba yo agarrándome de una reata junto al Calendario Azteca y así llegamos hasta Antropología, pasando por Moneda, 5 de mayo y Reforma. Haga de cuenta que fue como el desfile del 16 de Septiembre o una procesión de la Virgen: la gente le aplaudía a las piedras al pasar (y otros se quejaban y gritaban consignas, creyendo que se iban a robar las piezas). A esas piezas que trasladamos, les sumamos otras, que estaban en bodega, y las inventariamos. La verdad, nos dio tristeza que se fueran los monolitos del Museo Nacional de las Culturas (para mí las piezas son como mis hijos), pero yo estuve en Antropología diez años, y las veía cada que tenía oportunidad.

Usted que conoce este museo desde siempre, ¿qué siente después de un proceso de renovación tan largo?

Cuando lo cerraron, me sentí triste, porque los custodios estábamos acostumbrados a tratar al público, y de repente haga de cuenta que me morí dos años: el museo estaba solo solo solo. Pero la renovación ya le hacía falta, a la parte exterior y a las salas. Es como mi segunda casa. ■